

Así, pues, los peregrinos de Tierra Santa que deben dejar tesoros en Jerusalén no son católicos; por lo cual, la parte de estos tesoros que va á parar á los conventos no cae en poder de los religiosos latinos, que si reciben de Europa algunas limosnas, lejos de enriquecerlos, no bastan á la conservacion de los Lugares Santos, que se arruinan por todas partes, y que no tardarán en verse abandonados por falta de recursos. La pobreza de estos religiosos queda por consiguiente probada por el unánime testimonio de los viajeros. He hablado ya de sus sufrimientos; y si se necesitan mas pruebas de esto, hélas aquí:

«Aunque un fraile franciscano, dice el padre Roger, fue quien tomó posesion de los Santos Lugares de Jerusalén, el primer religioso que padeció el martirio fue un francés llamado el hermano Limin. natural de la Turena, que fue decapitado en el Gran-Cairo. Poco tiempo despues, los hermanos Santiago y Jeremías, fueron ejecutados fuera de las puertas de Jerusalén. El hermano Conrado de Alis Barthemy, del monte Politiano, en la Toscana, fue hendidido de arriba abajo, tambien en el Gran-Cairo. El hermano Juan de Eter, español, fue descuartizado por el pachá de Casa. Siete religiosos fueron degollados por el sultan de Egipto, y otros dos fueron desollados vivos en Siria.

«En 1637, los árabes dieron martirio á toda la comunidad de frailes que en número de doce, moraban en el sagrado monte Sion. Algun tiempo despues, diez y seis religiosos, así de misa como legos, fueron llevados presos desde Jerusalén á Damasco (cuando el rey de Alejandría tomó á Chipre), y allí permanecieron cinco años, hasta que perecieron de miseria. El hermano Cosme de San Francisco fue muerto por los turcos á la puerta del Santo Sepulcro, donde predicaba la fe cristiana. Otros dos hermanos recibieron en Damasco tantos palos que murieron en el acto. Seis religiosos fueron muertos por los árabes, una noche en que cantaban *Maitines* en el convento fundado en Anathot en la casa del profeta Jeremías, que luego entregaron á las llamas. Seria abusar de la paciencia del lector referir en particular los sufrimientos y persecuciones que nuestros pobres religiosos han arrostrado desde que custodian los Santos Lugares. Esto continúa aumentando desde 1627, año en que nuestros religiosos se han establecido en ellos, como puede verse por los hechos que siguen, etc. (1).»

El embajador Deshayes usa el mismo lenguaje acerca de las persecuciones que los turcos hacen sufrir á los frailes de Tierra Santa:

«Los pobres religiosos que los sirven se ven algunas veces reducidos á tan terribles apuros, por no ser asistidos de la cristiandad, que su condicion es deplorable. No tienen otras rentas que las limosnas que les envían, y que no alcanzan á cubrir la mitad del gasto indispensable; porque, además de su manutencion y de las muchas luces que sostienen, les es forzoso dar continuamente dinero á los turcos si quieren vivir en paz; y cuando no pueden satisfacer su avaricia, se ven reducidos á prision.

«Jerusalén está tan lejos de Constantinopla, que el embajador del rey residente en esta ciudad no puede recibir noticias de estas vejaciones hasta mucho despues. No obstante, sufren y padecen si no tienen dinero para rescatarse; y muchas veces los turcos no se limitan á atormentarles en sus personas, sino que convierten sus iglesias en mezquitas (2).»

Pudiera componer volúmenes enteros de testimonios del mismo género, consignados en los Viajes á Palestina; pero solo presentaré uno irrecusable, hablado por mí en un monumento de iniquidad y de

(1) *Description de la Terre-Sainte*, pág. 436.

(2) *Voyage du Levant*, pág. 409.

opresion, tal vez único en la tierra; monumento cuya autoridad es tanto mas poderosa, cuanto que se le destinaba á un eterno olvido.

Los frailes me habian permitido examinar la biblioteca y los archivos de su convento. Por desgracia, aquella y estos fueron dispersos há cerca de un siglo; un pachá prendió á los frailes, y los llevó cautivos á Damasco. Algunos papeles se libraron de la devastacion, especialmente los firmanes obtenidos por los frailes, ya de la Puerta, ya de los soberanos de Egipto, para defenderse de la opresion de pueblos y gobiernos.

Este curioso legajo se titula:

Registro delli Capitolazioni, Cattiscerifi, Baratti, Comendamenti, Ogetti, Attestazioni, Sentenze, Ordini dei Bascia, Giudici e Polizze, che si trovano nell' Archivio di questa Procura generale di Terra-Santa.

Bajo la letra H, n.º 1, pag. 369, se lee:

«Instrumento del re saraceno Muzafar contiene: «che non sia dimandato del vino da i religiosi franchi. «Dato alli 13 della luna di Regeb del anno 414.»

Bajo el n.º 2:

«Instrumento del re saraceno Matamad contiene: «che li religiosi franchi non siano molestati. Dato alli 2 di Scival del anno 501.»

Bajo el n.º 3, pag. 370.

«Instrumento con la sua copia del re saraceno Amed Ciakmak contiene: che li religiosi franchi non paghino a quei ministri, che non vengono per gli affari dei frati... possono sepolire i loro morti, possono fare vino provizione... non siano obligati a montare cavalli per forza in Rama; non diano visitare loco possessioni: che nessuno pretenda d' esser droglo-romanno, se non alcuno appoggio. Dato alli 10 di Sefer 609.»

Muchos firmanes empiezan así:

«Copia autenticata d' un commendamento ottenuto ad istanza dell' ambasciadore di Francia, etc.»

Vemos, pues, á los desgraciados frailes que guardan el sepulcro de Jesucristo, ocupados únicamente por espacio de muchos siglos en defenderse dia por dia de todo género de insultos y tiranía. Les es preciso obtener el permiso para alimentarse, para dar sepultura á sus difuntos, etc.; y se les obliga á montar á caballo sin necesidad, para hacerles pagar ciertos derechos; ya un turco se declara su dragoman, á su pesar, y exige un salario de la comunidad. Invéntanse contra estos desgraciados frailes las mas caprichosas invenciones del despotismo oriental. En vano consiguen á subido precio unas órdenes que al parecer les ponen á cubierto de tantos ultrajes, porque no se les da cumplimiento; cada año ocurre una nueva opresion y exige un nuevo firman. El juez prevencor y el príncipe, protector en apariencia, son dos tiranos que se ponen en connivencia, el uno, para cometer una injusticia antes que se dicte la ley, y el otro para vender á precio de oro una ley que no se publica hasta despues de perpetrado el crimen. El registro de los firmanes que obra en poder de los frailes, es un libro precioso, digno bajo todos conceptos de la biblioteca de esos apóstoles que en medio de las tribulaciones, guardan con invencible constancia el sepulcro de Jesucristo. Los religiosos no conocian el valor de aquel catálogo evangélico, y no creian que pudiese interesarme, pues nada digno de atencion veian en él; tan habitual les es el padecer, que se

asombraban de mi asombro. Confieso que mi admiracion en vista de tantos infortunios, tan animosamente sobrellevados, era grande y sincera; pero, ¡cuánto me enternecia tambien al hallar á cada paso esta fórmula: *Copia de un firman alcanzado á instancia de Mr. el embajador de Francia!*; Honor á un país que desde el centro de Europa se ocupa hasta en el fondo del Asia, en la defensa del desvalido, y proteje al débil contra el fuerte! Nunca me ha parecido mi patria mas bella y gloriosa, que cuando he encontrado los rasgos de su beneficencia ocultos en Jerusalén, en el registro donde están inscritos los sufrimientos ignorados y las iniquidades desconocidas del oprimido y del opresor.

Espero que mis sentimientos particulares no me cegarán en tiempo alguno hasta el punto de desconocer la verdad, pues hay una cosa que precede á todas las opiniones: la justicia. Si un filósofo hiciese hoy una obra buena; si hiciese algo mejor, esto es, una buena accion; si mostrase sentimientos nobles y elevados, yo, cristiano, le aplaudiria con toda ingenuidad. ¿Y por qué un filósofo no se conduciria lo mismo respecto de un cristiano? ¿Acaso porque un hombre lleva una capucha, una barba larga y un ceñidor de cuerda, no tomaremos en consideracion sus sacrificios? De mí sé decir que iria á buscar una virtud á las entrañas de la tierra, en la morada de un adorador de Wishnou ó del Gran Lama, para tener la dicha de admirarla; las acciones generosas son harto escasas en nuestros dias, para que no las honremos sea cual fuere el traje con que se nos presenten, y para que nos detengamos á mirar la túnica del sacerdote ó el manto del filósofo.

QUINTA PARTE.

CONTINUACION DEL VIAJE POR JERUSALEM.

El 10, muy de madrugada, salí de Jerusalén por la puerta de Efraim, siempre acompañado del fiel Ali, con la intencion de examinar los campos de batalla inmortalizados por el Taso. Al llegar al Norte de la ciudad, entre la gruta de Jeremías y los sepulcros de los Reyes, abrí la *Jerusalén libertada*, y me sorprendió desde luego la verdad de la esposicion del poeta:

Gerusalem sovra due colli è posta, etc.

Me serviré de una traduccion que hace innecesario el original: «Solima está situada sobre dos colinas opuestas y de altura desigual: un valle las separa y divide la ciudad, que esta tiene por tres lados un acceso difícil. El cuarto se eleva de un modo suave y casi insensible: este lado es del Norte; unos fosos profundos y unas altas murallas la rodean y defienden.

«En su interior hay cisternas y manantiales de agua viva; sus cercanias son áridas y desnudas, sin fuentes ni arroyos que las rieguen; en ellas no crece flor alguna, ni nunca un árbol prestó amigo asilo contra los rayos del sol, á la sombra de su frondoso ramaje. Únicamente á seis millas de distancia descuella un bosque cuya funesta sombra difunde en torno el horror y la tristeza.

«Hacia el lado que el sol ilumina con sus primeros rayos, el Jordan despliega sus ilustres y afortunadas ondas, y al Occidente muge el Mediterráneo sobre las arenas que lo detienen y aprisionan. Al Norte están Betel, que erigió altares al becerro de oro, y la infiel Samaria. Belém, cuna de un Dios, está en la parte que entristecen las lluvias y las tempestades.»

No puede hallarse una descripcion mas exacta, mas clara y precisa: aunque hubiese sido hecha sobre el terreno, no seria mas ajustada á la verdad. El bosque situado á seis millas del campamento, por la parte de

la Arabia, no es una invencion del poeta; Guillermo de Tiro habla del bosque en que el Taso hizo brotar tantas maravillas. Godofredo halló en él oportunos materiales para la construccion de sus máquinas de guerra. Ya se verá cuanto habia estudiado el Taso los originales, cuando traduzca los historiadores de las Cruzadas.

«El capitano
Poi ch' intorno ha mirato, ai suoi discende.

«No obstante, Godofredo, despues de haber reconocido y examinado todo, fué á incorporarse con los suyos; no ignoraba que en vano atacaria á Solima por los puntos escarpados y de difícil acceso; mandó, pues, levantar las tiendas en frente de la puerta septentrional y en la llanura á que da salida, y las prolongó hasta el pié de la torre angular.

«En este espacio comprendió casi la tercera parte de la ciudad, pues por ningun caso le hubiera sido posible abarcar todo el recinto; pero cerró todo acceso á los auxilios é hizo ocupar todas las avenidas.»

Esto es hallarse en los lugares descritos. El campamento se estiende desde la puerta de Damasco hasta la torre angular, en el nacimiento del torrente Cedron y del valle de Josafat. El terreno que media entre la ciudad y el campamento es tal cual el Taso lo pinta; bastante llano y adecuado para servir de campo de batalla, al pié de los muros de Solima. Aladino está sentado con Herminia sobre una torre construida entre dos puertas, desde donde descubren los combates de la llanura y el campamento de los cristianos. Esta torre descuella al par de otras muchas, entre las puertas de Damasco y de Efraim.

En el segundo libro, en el episodio de Olindo y Sofronia brillan dos exactísimas descripciones de lugar:

Nel tempio de cristiani occulto giace, etc.

«En el templo de los cristianos se levanta un altar en el fondo de un subterráneo desconocido; sobre este altar se ve la imagen de la mujer que el pueblo reverencia como una diosa y como la madre de un Dios muerto y sepultado.»

Esta es la iglesia llamada hoy el *Sepulcro de la Virgen*; está en el valle de Josafat, y la he mencionado ya; pero el Taso, usando de un privilegio concedido á los poetas, coloca esta iglesia en el interior de Jerusalén.

La mezquita donde la imagen de la Virgen está colocada cerca del consejo del mágico, es evidentemente la mezquita del Templo.

Io là, donde riceve
L'atia vostra meschita e l'aura c'el die, etc.

«He subido durante la noche á la cúpula de la mezquita, y me he trazado un camino ignorado de todos por la abertura que recibe la luz del dia.»

El primer encuentro de los aventureros, el combate singular de Argante, Oton, Tancredo y Raimundo de Tolosa tiene lugar delante de la puerta de Efraim. Cuando Armida llega de Damasco entra, segun dice el poeta, por la estremidad del campamento. En efecto, las últimas tiendas de los cristianos debian hallarse cerca de la puerta de Damasco, hácia el Occidente.

Coloco la admirable escena de la fuga de Herminia, hácia la estremidad septentrional del valle de Josafat. Cuando la amante de Tancredo, salva la puerta de Jerusalén, seguida de su fiel escudero, penetra en los valles, y tomá unos senderos oblicuos y estraviados. (Cant. VI, stanz. 96). No sale, pues, por la puerta de Efraim, porque el camino que desde esta puerta conduce al campamento de los Cruzados, pasa por un terreno enteramente llano, sino que prefiere evadirse por la puerta que mira á Oriente, por ser menos sospechosa y hallarse peor guardada.

Herminia llega á un lugar profundo y solitario: In

solitaria et ima parte. Detiéndose allí y encarga á su escudero que vaya á hablar á Tancredo; este lugar profundo y solitario está muy marcado en la parte alta del valle de Josafat, antes de dar vuelta al ángulo septentrional de la ciudad. Allí Herminia podía esperar con seguridad el regreso de su mensajero, pero no pudo resistir su impaciencia; subió, pues, á la altura, desde donde descubrió las tiendas lejanas. En efecto, al salir del barranco del torrente Cedron, y dirigiéndose hácia el Norte, debía verse á la izquierda el campamento cristiano. Siguen luego estas admirables estancias:

Era la notte, etc.

«Reinaba aun la noche; ninguna nube oscurecía su frente, adornada de estrellas; la naciente luna derramaba su dulce claridad; la enamorada hermosura toma al cielo por testigo de su amor, y el silencio y los campos son los mudos confidentes de su pena.

«Dirige sus inquietas miradas á las tiendas de los cristianos, y esclama: «¡Oh campo de los latinos, objeto caro á mi vista! ¡Qué aire tan puro se respira en tí! ¡Cómo reanima y restaura mis exhaustas fuerzas! ¡Ah! Si el cielo concede algun día asilo á mi vagitada existencia, solo lo hallaré en tu recinto; ¡no, no gozaré de reposo sino en medio de las armas!

«¡Oh campo de los cristianos! ¡recibe á la infeliz Herminia! ¡Obtenga esta en tu seno esa piedad que el Amor le prometió; esa piedad que, cautiva en el tiempo, halló en el alma de su generoso vencedor! No reclamo mis Estados, no pido el cetro que me ha sido usurpado. ¡Oh cristianos! ¡Seré sobrado venturoso, si puedo tan solo servir bajo vuestras banderas!

«Así hablaba Herminia; mas ¡ah! no preveía los males que le deparaba la impropia fortuna. Unos rayos de luz reflejados sobre sus armas, hirieron á lo lejos las miradas; su vestido blanco y el tigre de plata que sobre su casco brillaba anunciaron á Clorinda.

«No lejos de allí hay un puesto avanzado, á cuya cabeza están dos hermanos llamados Alcandro y Polifernes.»

Alcandro y Polifernes debían hallarse apostados cerca del sepulcro de los Reyes. Debemos sentir que el Taso no haya descrito estas mansiones subterráneas, pues la índole de su genio le inducía á la pintura de un monumento de esta naturaleza.

No es tan fácil determinar el lugar donde la fugitiva Herminia encuentra al pastor á la orilla del río; no obstante, como en el país no hay sino un río, y Herminia ha salido de Jerusalén por la puerta de Oriente, es probable que el Taso haya colocado esta escena encantadora en las márgenes del Jordan. Convento que es inconcebible que no haya citado este río; pero es cierto que este eminente poeta no se ha atenido bastante á los recuerdos de la Escritura, de que Milton sacó tantas bellezas.

Por lo que respecta al lago y al castillo donde la hechicera Armida encierra á los caballeros á quienes ha seducido, el Taso declara que ese lago es el mar Muerto.

Alfin giungemmo al loco, ove già scesse
Fiamma dal cielo, etc.

Uno de los lugares mas hermosos del poema es el ataque del campamento cristiano por Soliman. El sultán marcha á través de las mas espesas tinieblas de la noche; porque, segun la sublime espresion del poeta,

Votó Pluton gli abissi, e la sua notte
Tutta versó dalle Tartar e grotte.

El campo es asaltado por el lado de Occidente Godofredo, que ocupa el centro del ejército, hácia el Norte, advierte bastante tarde el combate empeñado en el ala derecha. Soliman no pudo arrojarse sobre el ala izquierda, aunque estabamos próxima al desierto,

porque por este lado hay unos barrancos profundos. Los árabes, ocultos durante el día en el valle de Terebinto, salieron á favor de las sombras, para intentar la libertad de Solima.

Soliman vencido, tomó solo el camino de Gaza. Ismen le encuentra y le hace subir á una carroza que envuelve en una nube, y atravesando juntos el campo de los cristianos, llegan á la montaña de Solima. Este admirable episodio es conforme á las localidades hasta en el exterior del castillo de David, cerca de la puerta de Jafa ó Belém; pero en lo restante hay un error. El poeta ha confundido ó se ha complacido en confundir la torre de David con la torre Antonia, edificada lejos de allí al pié de la ciudad, en el ángulo septentrional del Templo.

Cuando se pisan aquellos lugares, la imaginacion cree ver los soldados de Godofredo salir por la puerta de Efraim, volverse al Oriente, bajar al valle de Josafat, y marchar, á guisa de piadosos é inermes peregrinos, á orar al Eterno en el monte Olivete. Obsérvese que esta procesion cristiana recuerda de una manera notable la pompa de los Panateneos, conducida á Eleusis, entre los soldados de Alcibiades. El Taso, que habia leído todo, que imita sin cesar á Virgilio, Homero y los demás poetas de la antigüedad, ha colocado aquí en hermosos versos una de las mas hermosas escenas de la historia. Añadamos que esta procesion es por otra parte un hecho histórico referido por el Anónimo, el monge Roberto y Guillermo de Tiro.

Hablemos del primer asalto: las máquinas están colocadas delante de las murallas que miran al Septentrion. El Taso es minuciosamente exacto en este lugar:

Non era il foso di palustre limo.
(Che nol consente il loco), o d'acqua molle.

Esto es cierto en sumo grado. El foso que mira al Norte está seco, ó por mejor decir, es un baranco natural como los demás de la ciudad.

En las circunstancias de este primer asalto, el poeta ha seguido su genio sin apoyarse en la historia; y como le convenia no caminar con tanta presteza como el cronista, supone que la máquina principal fue quemada por los infieles, siendo preciso volver á empezar el trabajo. Es cierto que los sitiados prendieron fuego á una de las torres de los sitiadores. El Taso ha amplificado este incidente, segun lo requería el argumento de su fábula.

Poco despues se empeña el terrible combate de Tancredo y Clorinda: ficción la mas patética que ha producido la fantasia de un poeta. El lugar de la escena se reconoce fácilmente. Clorinda no puede volver á entrar con Argante por la puerta Dorea; hállase, pues, al pié del Templo, en el valle de Siloé. Tancredo la persigue, y empieza el combate. Clorinda moribunda pide el bautismo, mientras Tancredo, mas desventurado que su víctima, va á buscar agua á una fuente inmediata; esta fuente tiene un lugar determinado:

Poco quindi lontan nel sen del monte
Scaturia mormorando un picciol rio.

Esta es la fuente de Siloé, ó mas bien el manantial de María, que brotó al pié de Sion.

No sé si la pintura de la sequía, en el canto décimotercero, es el trozo mejor escrito del poema; el Taso se muestra en él á la par de Homero y Virgilio. Este trozo, esmeradamente compuesto, tiene una entonacion y una pureza de estilo, de que algunas veces carecen las demás partes de la obra:

Spenta é del cielo ogni benigna lampa, etc.

«Nunca se levanta el sol sino cubierto de vapores de sangriento color, siniestro presagio de un calamitoso día; nunca se pone sin que unas manchas rojas anuncien otro mas triste. Siempre el mal presente pare-

ce mas cruel por la horrorosa certidumbre del que debe seguirle.

«Marchita cae la flor bajo los rayos abrasadores del sol; la yerba palidece, la tierra se abre, y las fuentes se agotan. Todo experimenta la cólera celestial, y las áridas nubes que cruzan el espacio, no son otra cosa que inflamados vapores.

«El cielo se asemeja á un negro horno; la vista no halla donde descansar; el céfiro enmudece aprisionado en sus lóbregos antros; el ambiente yace inmóvil; y solo algunas veces el hábito abrasador de un viento que sopla del lado de la costa mora, lo agita y lo enciende.

«Las sombras de la noche están abrasadas por el calor del día; su velo aparece encendido con el fuego de los cometas y cargado de exhalaciones funestas. ¡Oh tierra sin ventura! el cielo te niega su rocío; y moribundas las flores y las yerbas, esperan en vano las lágrimas de la aurora.

«El rocío no baja ya en alas de la Noche á derramar su dulce beleño sobre los desfallecidos mortales, que con apagada voz imploran sus favores sin poder alcanzarlos. La sed, azote el mas cruel de todos, consume á los cristianos; el tirano de la Judea ha inficionado las fuentes con mortales venenos; y en sus letales aguas ocúltanse traidoras las enfermedades y la implacable muerte.

«La fuente Siloé, que pura siempre, les habia ofrecido el tesoro de su cristalina corriente, ora exhausta, arrástrase lenta sobre las arenas que apenas humedece; ¡á qué recurso, ¡ay! apelar? El Eridano desbordado, el Ganges, y el mismo Nilo, cuando salva orgulloso sus orillas y amega el Egipto con sus fecundas aguas, apenas bastarian á saciar sus deseos.

«En el ardor que los devora, su imaginacion les representa cruel los argentados arroyos que vieran correr á través de los frescos céspedes, y las fuentes que han visto brotar del seno amigo de un peñasco y serpentear por las praderas; empero estos cuadros, tan risueños un día, solo sirven en tales momentos para escitar su amargura y duplicar su desesperacion.

«Aquellos robustos guerreros que han vencido la naturaleza y sus obstáculos; que nunca se han doblado al peso de la ruda armadura; que ni el hierro, ni el temido aparato de la muerte han podido domar; débiles ya, sin aliento ni vigor, oprimen la tierra con su inútil peso; un fuego oculto circula por sus venas, y los mina y los consume.

«El corcel, un tiempo tan altivo, languidece cerca de una yerba árida é insípida; sus piés vacilan, su soberbia cabeza se inclina muellamente sobre el yerto pecho; muéstrase ya insensible al aguijon de la gloria; olvida ya las conquistadas palmas, y esos ricos despojos con que tanto se envaneciera un día, no le son ya sino un vil y odioso fardo.

«El perro fiel olvida su amo y su albergue; tendido yace sobre el ardiente polvo; y jadeando sin cesar, pretende en vano calmar el fuego que lo devora; que lento y abrasador pesa el aire sobre los pulmones que debia refrescar y fortalecer.»

Esto es magnífica y sublime poesia. Esta pintura, tan bien imitada en *Pablo y Virginia*, tiene el doble mérito de convenir al cielo de la Judea y de hallarse fundada en la historia, puesto que los cristianos sufrieron tan aciaga sequía en el sitio de Jerusalén. Roberto nos ha dejado una descripcion de ella.

En el canto décimocuarto buscaremos un río que corre por las inmediaciones de Ascalon, y en cuyas orillas vive el ermitaño que reveló á Ubaldo y al caballero dinamarcos los destinos de Reinaldo. Este río es el torrente Ascalon, ó algun otro mas al Norte, conocido únicamente en tiempo de las Cruzadas, segun el testimonio de D'Anville.

Por lo que respecta á la navegacion de los dos caballeros, el poeta sigue con toda exactitud el órden geo-

gráfico. Zarpando de un puerto entre Jafa y Ascalon, y bajando hácia el Egipto, debieron ver sucesivamente á Ascalon, Gaza, Rafia y Damietta. El Taso marca el rumbo hácia el Poniente, aunque al principio era hácia Mediodía; pero no podia entrar en tan secundario pormenor. En último resultado veo que todos los poetas épicos han sido hombres muy instruidos, y concedores en particular de las obras de los que les habian precedido en la senda de la epopeya: Virgilio traduce á Homero; el Taso imita en cada estancia algun pasaje de Homero, de Virgilio, de Lucano y de Estacio; Milton toma de todos, y une á sus propios tesoros los de sus antecesores.

El canto décimosesto, que pinta los jardines de Armida, nada ofrece á nuestro asunto. En el décimotimo hallamos la descripcion de Gaza, y la enumeracion del ejército egipcio; asunto épico magistralmente tratado, en que el Taso revela un profundo conocimiento de la geografía y la historia. Cuando pasó de Jafa á Alejandria, nuestro caique bajó hasta situarse en frente de Gaza, cuya vista trajo á mi memoria este pasaje de la *Jerusalem*:

«En las fronteras de la Palestina, y en el camino que conduce á Pelusa, ve Gaza espirar las olas y sus furores; en su derredor se dilatan inmensas soledades y áridas arenas. El viento que reina sobre el mar, ejerce tambien su imperio sobre estas movibles arenas; y el viajero ve flotar y perderse á merced de las tormentas su inseguro camino.»

El último asalto, en el canto décimonono, es enteramente conforme á la historia. Godofredo hizo atacar la ciudad por tres puntos. El anciano conde de Tolosa batió las murallas entre el Poniente y el Mediodía, en frente del castillo de la ciudad, cerca de la puerta de Jafa; Godofredo atacó por el Norte la puerta de Efraim, y Tancredo acometió á la torre angular, que tomó, andando el tiempo, el nombre de *Torre de Tancredo*.

El Taso se atiene de este modo á las Crónicas en las circunstancias y el resultado del asalto. Ismen, acompañado de dos hechiceras, sucumbió al golpe de una piedra arrojada por una máquina; en efecto, dos magas perecieron bajo el muro, en la toma de Jerusalén. Godofredo levanta sus ojos, y ve á los guerreros celestiales que pelean en su favor por todas partes. Es una hermosa imitacion de Homero y Virgilio, y además una tradicion del tiempo de las Cruzadas: «Los muertos fueron enterrados con los vivos, dice el padre Nau; porque muchos de los ilustres cruzados, que habian perecido en diferentes ocasiones, antes de entrar, y entre otros Adhemar, virtuoso y solicitado obispo del Puy en Auvernia, se presentaron sobre las murallas, como si hubiese faltado á la gloria que poseian en la Jerusalén celestial la de visitar la terrestre, y adorar al Hijo de Dios en el trono de sus ignominias y sufrimientos, como le adoraban en el de su magestad y poder.»

La ciudad fue tomada, segun refiere el poeta, por medio de unos puentes que desde las máquinas iban á dar sobre las murallas. Godofredo y Gaston de Foix habian dado el diseño de estas máquinas, construidas por unos marineros pisanos y genoveses. Por consiguiente, todo es verdadero en este asalto en que el Taso desplegó todo el calor de su genio caballeresco, si se exceptua lo que se refiere á Reinaldo, pues como este héroe es de pura invencion, sus hechos deben ser imaginarios. No habia guerrero alguno llamado *Reinaldo de Este* en el sitio de Jerusalén: el primer cristiano que se arrojó á sus murallas, no fue un caballero llamado Reinaldo, sino *Etoldo*, gentil-hombre flamenco de la comitiva de Godofredo, y á quien siguieron este y Guicher. La estancia en que el Taso pinta el estandarte de la cruz, cubriendo con su sombra las torres de Jerusalén, es sublime:

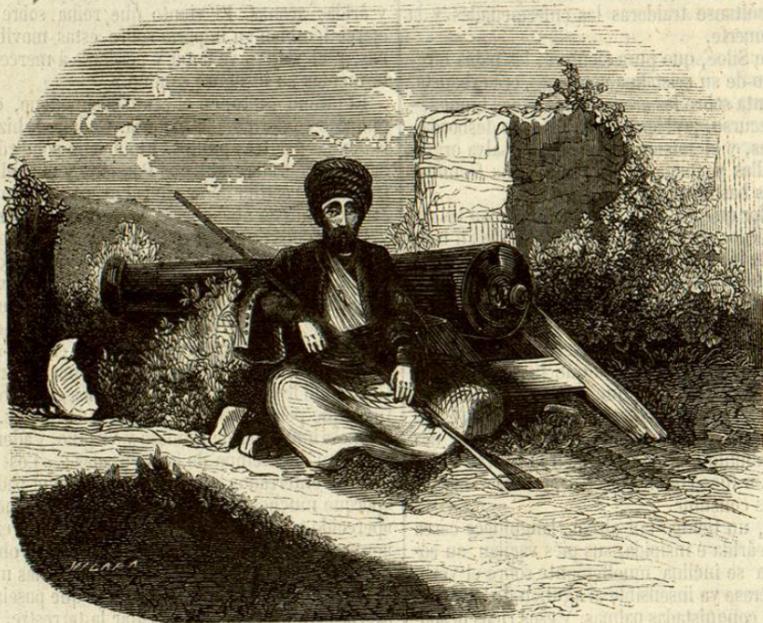
«El estandarte vencedor tremola suelto en los aires; respetuosos los vientos soplan mas plácidos, mas ra-

dante el sol lo dora con sus rayos; los dardos y las flechas se desvian ó retroceden á su aspecto, mientras Sion y la colina parecen inclinarse para ofrecerle el homenaje de su alegría.»

Todos los historiadores de las Cruzadas hablan de la piedad de Godofredo, de la generosidad de Tancredo, y de la justicia y prudencia del conde de Saint-Gilles; la misma Ana Comneno hace el elogio de este; el poeta, pues, nos ha pintado los héroes que conocemos; y cuando inventa caracteres, es por lo menos, fiel á las costumbres. Argante es el verdadero mame-luco:

L'altro é Circasso Argante, uom che straniero.

«El otro es Argante el circasiano: aventurero desconocido á la corte de Egipto, que se ha colocado en la categoría de los sátrapas. Su valor le ha investido con los primeros honores de la guerra. Impaciente, inexorable, salvaje, infatigable, invencible en los combates, despreciador de todos los dioses, su espada es su razon y su ley.»



CENTINELA TURCO.

historia esta accion es insignificante; pero en el poema es una batalla superior á las de Virgilio, é igual á los mayores combates de Homero.

Voy ahora á trasladar aquí el sitio de Jerusalén, tomado de nuestras antiguas Crónicas: los lectores pueden comparar el poema con la historia.

El monge Roberto es el mas frecuentemente citado entre todos los historiadores de las Cruzadas. El Anónimo de la coleccion titulada *Gesta Dei per Francos*, es mas antiguo, pero su narracion es demasiado descarnada; Guillermo de Tiro peca por el extremo opuesto. Es preciso, por lo tanto, referirse al monge Roberto, pues aunque su latinidad es afectada, y copia los giros de los poetas, por esta misma razon, no obstante sus juegos de palabras y sus pesados retruécanos (1),

(1) *Papa Urbanus urbano sermone peroravit, etc.; Va-*

Soliman es un verdadero sultan de los primeros tiempos del imperio turco. El poeta, que ningun recuerdo entrega al olvido, hace del sultan de Nicea uno de los antepasados del gran Saladino; y se ve que se propuso pintar á este bajo los rasgos de su abuelo. Si la obra de Berthereau viese alguna vez la luz pública, los héroes musulmanes de la *Jerusalém* serian mejor conocidos. El citado Berthereau habia traducido los autores árabes que se han ocupado de la historia de las Cruzadas. Esta preciosa traduccion debia formar parte de la coleccion de los historiadores de Francia.

No puedo señalar el lugar donde el feroz Argante recibió la muerte de mano del generoso Tancredo; pero es preciso hallarlo en los valles situados entre el Poniente y el Norte, pues no puede colocarse al Oriente de la torre angular sitiada por Tancredo, porque en tal caso Herminia no le hubiese encontrado herido, cuando volvía de Gaza acompañada de Vafirin.

Respecto de la última accion del poema, que ocurrió cerca de Ascalon, el Taso la ha colocado, con un tacto esquisito bajo los muros de Jerusalén. En la

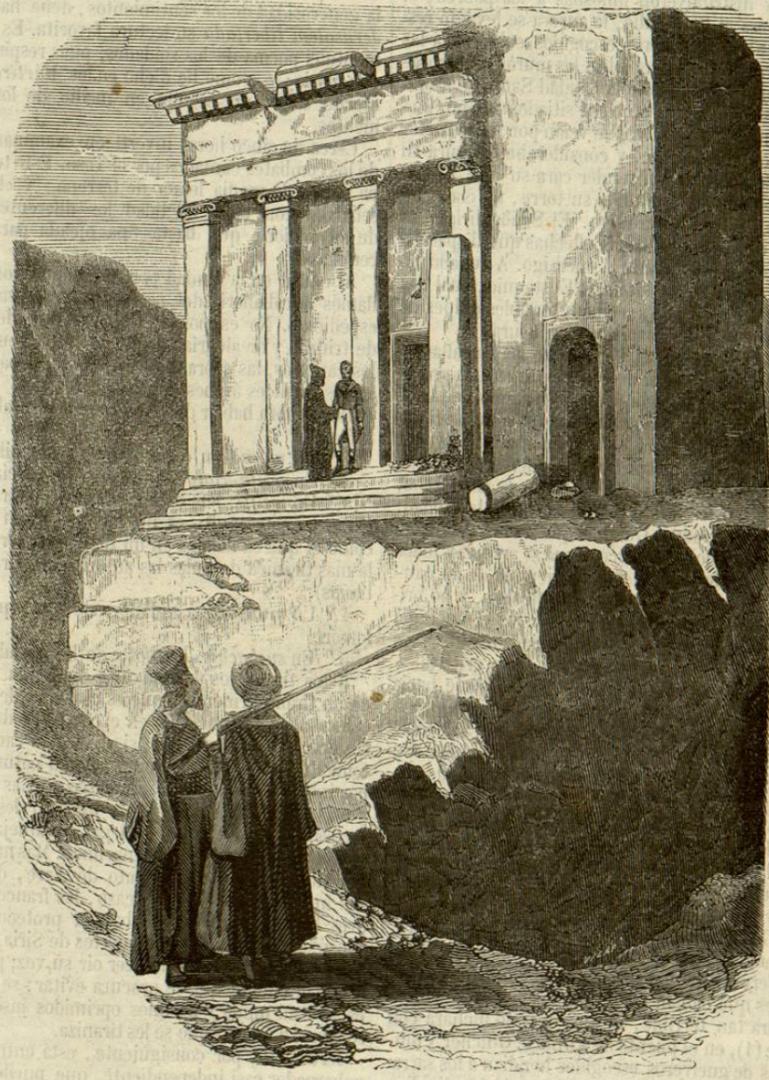
es menos bárbaro que sus contemporáneos, y tiene por otra parte cierta crítica y una imaginacion brillante.

«El ejército se formó en derredor de Jerusalén del modo siguiente: el conde de Flandes y el de Normandía desplegaron sus tiendas hácia el Norte, no lejos de la iglesia construida en el lugar donde fue apedreado San Esteban proto-mártir; Godofredo y Tancredo se situaron al Occidente; el conde de Saint-Gilles acampó al Mediodía, sobre el monte Sion, al rededor de la iglesia de Maria, madre del Salvador, en otro tiempo la casa donde el Señor celebró la Cena con sus Discipulos. Así dispuestas las tiendas, mientras las tropas fatigadas del camino descansaban y construian las máquinas propias para el combate, Raimundo Pileto y

lis speciosa et spatiosa, etc. Tal es el gusto literario de la época.

Raimundo de Turena, salieron del campamento seguidos de otros muchos, á visitar los lugares vecinos, temiendo ser sorprendidos por los enemigos antes que los Cruzados pudiesen prepararse, y encontraron en su camino á trescientos árabes; empeñado el choque, dieron muerte á muchos de ellos y les cogieron treinta caballos. El segundo dia de la tercer semana (13 de junio de 1099), los franceses atacaron á Jerusalén,

pero no pudieron tomarla en dicho dia. Sin embargo, su trabajo no fue infructuoso, pues destruyeron la antemuralla, y aplicaron las escalas á la principal; y si hubieran tenido suficiente número de ellas, este primer esfuerzo hubiera sido el último. Los que subieron al muro pelearon mucho tiempo con la espada y las armas arrojadas. Muchos de los nuestros sucumbieron en este asalto; pero la pérdida de los sarrace-



SEPULCRO EN EL VALLE DE SILOÉ.

nos fue mucho mayor; la noche puso fin á la accion y dió descanso á entrambos partidos. No obstante, la inutilidad de este primer esfuerzo ocasionó á nuestro ejército un largo trabajo y muchas penalidades, porque nuestras tropas carecieron de pan por espacio de diez dias, hasta que nuestras naves llegaron al puerto de Jafa. Además, sufrieron mucho á causa de la sed; la fuente de Siloé, situada al pié del monte Sion, suministraba apenas agua á los hombres, siendo preciso llevar á beber los caballos y demás animales á seis

millas del campamento, haciéndoles acompañar de una numerosa escolta.

«No obstante, la flota que llegó á Jafa proporcionó víveres á los sitiadores, pero no sufrieron menos los rigores de la sed; está fue tan terrible durante el sitio, que los soldados hacian escavaciones en la tierra y apretaban sobre sus labios los terrones húmedos; lamian las piedras mojadas de rocío, bebían un agua fétida, que habia estado encerrada mucho tiempo en

pieles de búfalos y diferentes animales; y muchos se abstenerían de comer, esperando templar la sed por medio del hambre.

«Los generales hacían llevar desde muy lejos gruesos maderos para construir máquinas y torres. Terminadas estas, Godofredo colocó la suya al Oriente de la ciudad, y el conde de Saint-Gilles estableció otra enteramente igual hacia el Mediodía. Tomadas estas disposiciones, el quinto día de la semana los Cruzados ayunaron y distribuyeron limosnas á los pobres; el sexto, que era el 12 de julio, la aurora se levantó resplandeciente; los guerreros escogidos subieron á las torres, y arrojaron escalas sobre los muros de Jerusalén. Los hijos ilegítimos de la Ciudad Santa se asombraron y estremecieron al verse sitiados por tan imponente multitud. Pero cómo se veían por todas partes amenazados de la muerte, y consideraban segura su derrota, solo pensaron en vender cara su vida. Godofredo se mostraba en lo alto de su torre, no como un infante, sino como un arquero. El Señor dirigía su mano en el combate, y todas las flechas que disparaba atravesaban de parte á parte al enemigo. A su lado peleaban sus hermanos Balduino y Eustaquio, cual dos leones al lado de un león; recibían terribles golpes de piedra y dardos, y los devolvían con usura.

«En tanto que así se batallaba sobre las murallas de la ciudad, verificábase en derredor de ellas una procesion con las cruces, las reliquias y los sagrados altares. La suerte de las armas se mantuvo indecisa durante una parte del día; pero á la hora en que el Salvador del mundo entregó su espíritu, un guerrero llamado *l' Etolde*, que guerrea en la torre de Godofredo, fue el primero que saltó á las murallas de la ciudad; siguióle Guicher; aquel Guicher que habia derribado un león; Godofredo fue el tercero que se arrojó, y todos los demás caballeros siguieron el ejemplo de su caudillo. Abandonáronse entonces arcos y flechas, y no brilló otra arma que la espada. Al ver esto, el enemigo abandona las murallas y baja á la ciudad, mientras los soldados de Cristo los persiguen con gran gritería.

«El conde de Saint-Gilles, que por su parte hacia extraordinarios esfuerzos para acercar sus máquinas á la ciudad, oyó este clamoreo, y dijo á sus soldados: «¿Por qué permanecemos aquí? Los franceses son dueños de Jerusalén, y la hacen resonar con sus voces y sus golpes.» Esto dicho, adelantóse rápidamente hacia la puerta inmediata al castillo de David, y llamando á los que lo guarnecían les intimó la rendicion. No bien el emir reconoció al conde de Saint-Gilles, le abrió la puerta, confiándose á la lealtad de este respetable guerrero.

«Pero Godofredo se esforzaba, al frente de los franceses, en vengar la sangre cristiana derramada en el recinto de Jerusalén, y queria castigar á los infieles por los ultrajes que habian hecho á los peregrinos. Nunca se mostrara tan terrible, ni aun cuando luchara con el gigante (1), en el puente de Antioco. Guicher y muchos miles de guerreros escogidos hendian á los sarracenos desde la cabeza hasta la cintura, ó los dividian por medio del cuerpo. Ninguno de nuestros soldados se mostró cobarde, porque nadie oponia resistencia (2). Los enemigos solo intentaban huir; pero la fuga les era imposible, pues al precipitarse en desordenado tropel, se atropellaban entre sí. Los pocos que lograron escaparse se encerraron en el templo de Salomon, donde se defendieron mucho tiempo. Como el día empezaba á declinar, nuestros soldados invadieron el templo, y poseidos de furor degollaron á todos los que hallaron en él, siendo tan atroz la carnicería, que los

(1) Era un sarraceno de gigantesca estatura, á quien Godofredo partió por mitad de una cuchillada, en el puente de Antioco.

(2) ; Donosa reflexion!

cadáveres mutilados eran arrastrados por las olas de sangre hasta el atrio; y las manos y los brazos cortados flotaban sobre esta sangre, é iban á unirse á cuerpos á que no habian pertenecido.»

Al acabar de describir los lugares celebrados por el Taso, esperímento un placer por haber sido el primero en tributar á un poeta inmortal el mismo honor que otros han tributado antes que yo á Homero y Virgilio. Todo el que sea sensible á la hermosura, al arte y al interés de una composicion poética, á la riqueza de los pormenores, á la verdad de los caracteres y á la generosidad de los sentimientos, debe hacer de la *Jerusalén libertada* su lectura favorita. Es especialmente el poema de los soldados, pues respira el valor y la gloria; y, como he dicho en los *Mártires*, parece escrito sobre un escudo en medio de los campamentos.

Cerca de cinco horas invertí en examinar el teatro de los combates cantados por el Taso. Este teatro ocupa menos de media legua de terreno; y el poeta ha señalado con tanta fidelidad los diferentes lugares de su accion, que basta una ojeada para reconocerlos.

Al entrar en la ciudad por el valle de Josafat, hallamos la caballería del pachá, que regresaba de su expedicion. No es posible formarse una idea del aire de triunfo y de alegría de aquella tropa vencedora de los carneros, las cabras, los asnos y los caballos de algunos infelices árabes del Jordan.

Debo ahora hablar del gobierno de Jerusalén; constitúyelo:

- 1.º Un *mosallam* ó *sangiachey*, jefe militar.
 - 2.º Un *mula-cady*, ó ministro de policía.
 - 3.º Un *mufti*, jefe de los santones y letrados.
- (Cuando este mufti es un fanático ó un perverso, como el que se hallaba en mi tiempo en Jerusalén, es la mas tiránica de todas las autoridades para los cristianos).
- 4.º Un *muteleny* ó aduanero de la mezquita de Salomon.
 - 5.º Un *subbachy* ó preboste de la ciudad.

Estos tiranuelos dependen, á escepcion del mufti, de un tirano principal, que es el pachá de Damasco. Jerusalén está incluida en el pachalato de Damasco, sin que se sepa el por qué, si ya no es á causa del sistema destructor que los turcos siguen naturalmente y por instinto. Separada de Damasco por las montañas, y mas aun por los árabes que infestan los desiertos, Jerusalén no puede hacer llegar sus quejas al pachá cuando los gobernadores la oprimen. Mas natural seria que dependiese del pachalato de Acre, que está en sus inmediaciones; en tal caso, los francos y los padres latinos se colocarían bajo la proteccion de los cónsules residentes en los puertos de Siria, y los griegos y los turcos podrian hacer oír su voz; pero esto es precisamente lo que se procura evitar; se quiere una esclavitud muda y no unos oprimidos insolentes que se atrevan á decir que se les tiraniza.

Jerusalén, por consiguiente, está entregada á un gobernador casi independiente, que puede consumir con plena impunidad el mal que le place, con tal que haga al pachá partícipe de sus ilícitas ganancias. Sabido es que en Turquía todo superior tiene el derecho de delegar sus poderes á un inferior; poderes que siempre se estienden á vidas y haciendas. Mediante algunas *bolsas*, un genizaro se convierte en un pequeño agá, que puede á su antojo quitar la vida á cualquiera, ó permitirle que rescate su cabeza. De esta manera se multiplican los verdugos en todas las poblaciones de la Judea. Lo único que se oye en este país, la única justicia de que se trata, es: *Pagará diez, veinte, treinta bolsas; se le darán quinientos palos; se le cortará la cabeza.* Un rasgo de injusticia induce á otra mayor. Si se despoja á un habitante, es indispensable despojar á su vecino, porque para sustraerse

á la hipócrita integridad del pachá es preciso tener, por medio de un segundo crimen, con que pagar la impunidad del primero.

Alguno creará tal vez que el pachá, al recorrer su jurisdiccion, aplicará el conveniente remedio á tamaños males, vengando á los pueblos; pero es el caso que el pachá es á su vez el azote mas cruel de los habitantes de Jerusalén; témesse su llegada como la de un jefe enemigo; ciérranse las tiendas; todos se ocultan en los subterráneos, y fingien hallarse moribundos sobre sus esteras, ó huyen á la montaña.

Puedo patentizar la verdad de estos hechos, pues me hallaba en Jerusalén cuando llegó el pachá. Abdallah es un hombre dominado por una avaricia sordida, como casi todos los musulmanes; en su calidad de caudillo de la caravana de la Meca, y bajo pretexto de procurarse dinero para proteger mejor á los peregrinos, se cree con derecho á multiplicar las exacciones; y al efecto no hay ardid que no invente. Uno de los que emplea con mas frecuencia es fijar á los comestibles un *maximum* muy bajo. El pueblo se regocija, pero los mercaderes cierran sus tiendas. La carestía empieza, y entonces el pachá entra en negociaciones secretas con ellos, y les concede, mediante cierto número de bolsas, el permiso de vender á los precios que les acomode. Los mercaderes procuran recobrar el dinero que han dado al pachá, espendiendo los géneros á precios excesivos; y el pueblo, presa del hambre segunda vez, se ve precisado á despojarse de su último vestido, para procurarse el sustento.

He visto cometer á Abdallah una vejacion aun mas ingeniosa. He dicho que habia enviado su caballería á saquear los árabes que cultivaban las orillas opuestas del Jordan. Estos desdichados que habian pagado el *miri*, y que no se juzgaban en guerra, se vieron sorprendidos en medio de sus tiendas y rebaños. Los satellites del rapaz Abdallah les robaron dos mil doscientas cabras y carneros, noventa y cuatro vacas, mil asnos y seis yeguas de la mejor raza; solo se escaparon los camellos, aunque fueron cogidos veinte y seis; pues habiéndoles llamado un sheik, le siguieron: estos fieles hijos del desierto fueron á llevar su leche á sus dueños en la montaña, como si hubiesen adivinado que no tenian otro alimento.

Un europeo no podria adivinar lo que el pachá hizo de este botín. Pues bien: señaló á cada animal un precio duplo de su valor. Tasó cada cabra y cada carnero en veinte piastras, y cada vaca en ochenta. Estas reses, asi tasadas, se entregaron á los carniceros, á diferentes particulares de Jerusalén, y á los gobernadores de las poblaciones inmediatas; fue, pues, indispensable tomarlas y pagarlas bajo pena capital. Confieso que si no hubiera visto con mis propios ojos esta doble iniquidad, me pareceria absolutamente imposible. Por lo que toca á los asnos y caballos quedaron en poder de sus dueños; porque, por un extraño convenio entre estos ladrones, los animales de pezuña hendida pertenecen al pachá, en estas reparticiones, y las restantes bestias á los soldados.

Después de saquear á Jerusalén, el pachá se retira. Pero á fin de no pagar á los guardas de la ciudad y para aumentar la escolta de la caravana de la Meca, lleva consigo á los soldados. El gobernador queda solo con una docena de esbirros, que no pueden bastar para el servicio de la policía interior, y menos aun para la del país. El año anterior al de mi viaje se vió precisado á ocultarse en su casa, para librarse de unas partidas de ladrones que recorrían las murallas de Jerusalén, y que estuvieron á punto de entrar á saco en ella.

No bien se ha alejado el pachá, empieza otro mal, necesaria consecuencia de su brutal opresion. Las poblaciones devastadas se insurreccionan y se acometen mutuamente para entregarse á sus hereditarias venganzas. Todas las comunicaciones quedan interrumpidas;

la agricultura perece, y el campesino tala durante la noche la viña ó corta el olivo de su vecino. El pachá vuelve al año siguiente y exige el mismo tributo en un país cuya poblacion ha disminuido. Necesita, pues, redoblar la opresion y esterminar tribus enteras. El desierto se ensancha poco á poco; ya no se ve de distancia en distancia sino algunas chozas arruinadas, y á su puerta cementerios siempre crecientes; cada año ve desaparecer una cabaña y una familia; y en breve, solo queda en pié el cementerio para indicar el sitio donde se alzaba la poblacion.

Al volver al convento á las diez de la mañana, acabé de visitar la biblioteca, en la que hallé, además del registro de los firmanes, un manuscrito autógrafo del sabio Cuaresmio. Este manuscrito latino tiene por objeto, como las obras impresas del mismo autor, investigaciones relativas á la Tierra-Santa. Algunas otras carpetas contenian ciertos papeles turcos y árabes, concernientes á los negocios del convento, ciertas cartas de la congregacion, misceláneas, etc.; vi tambien algunos tratados de los Padres de la Iglesia, muchas peregrinaciones á Jerusalén, la obra del abate Mariti, y el excelente Viaje de Mr. de Volney. El padre Clemente Perés habia creído descubrir algunas ligeras inexactitudes en este Viaje, y las habia anotado en unas hojas sueltas que me regaló.

Habia visto todo en Jerusalén, y conocia su interior y exterior mucho mejor de lo que conozco el interior y exterior de Paris; por lo cual empecé á pensar en mi partida. Los religiosos de Tierra-Santa se dignaron dispensarme un honor que ni habia solicitado ni merecido. En consideracion á los pequeños servicios que, segun decian, habia hecho á la religion, me pidieron aceptase la órden del Santo Sepulcro. Esta órden, muy antigua en la cristiandad, aun sin hacer subir su origen á Santa Elena, era en otro tiempo muy conocida en Europa; pero en la actualidad solo se halla en Polonia y España; el guardian del Santo Sepulcro es el único que tiene el derecho de conferirla.

Salimos á la una del convento, y nos dirigimos á la iglesia. Entramos en la capilla de los frailes latinos, y cerramos las puertas para que los turcos no viesan las armas, lo que hubiese costado la vida á los religiosos. El guardian se cubrió con sus vestiduras pontificales; encendiéronse las lámparas y los cirios; todos los frailes formaron un círculo en mi derredor, cruzados los brazos sobre el pecho. Mientras cantaban en voz baja el *Veni Creator*, el guardian subió al altar y me arrodilló á sus piés. Sacáronse del tesoro del Santo Sepulcro las espuelas y la espada de Godofredo de Bullon, y dos frailes en pié sostenian á mi lado tan venerables insignias. El oficiante recitó las preces de costumbre, y me hizo las preguntas de fórmula. Calzóme luego las espuelas, dióme tres golpes en el hombro con la espada, y me abrazó. Los religiosos entonaron el *Te Deum*, mientras el guardian rezaba esta oracion sobre mi cabeza:

«Señor, Dios omnipotente, derrama tu gracia y tus bendiciones sobre este servidor tuyo, etc.»

Estas ceremonias no son sino el recuerdo de unas costumbres que ya no existen. Pero si el lector piensa en que me hallaba en Jerusalén, en la iglesia del Calvario, á doce pasos del sepulcro de Jesucristo, y á treinta del sepulcro de Godofredo de Bullon; que acababa de calzar la espuela del libertador del Santo Sepulcro, y de tocar aquella larga y ancha espada de hierro que esgrimia en otro tiempo una mano tan noble y leal; si recuerda estas circunstancias, unidas á mi vida aventurera, mis viajes por tierra y mar, adivinará sin esfuerzo cuan conmovido me sentiria. Por lo demás, aquella ceremonia no podia serme indiferente: yo era francés, y Godofredo de Bullon lo era tambien; y sus antiguas armas me comunicaron al tocarme un nuevo amor á la gloria y al honor de mi patria.